

EN EXILIO CONSTRUYENDO

**P. Gregory
Kennedy, SJ***

Resumen:

Los profetas son los portavoces de Dios que lamentan cuando aparentemente todo va muy bien, y animan a sus vecinos cuando les parece a estos que todo se va por el piso. Covid-19 nos viene como un profeta de la primera fase. Nosotros, los exiliados por el virus, tenemos que asumir la segunda tarea del profeta: anunciar la esperanza. Con Jeremías, nuestro mensaje debe ser: construir, cultivar, contribuir.

No hemos sido deportados; sin embargo, vivimos en exilio. El virus no ha derrumbado los templos del culto; no obstante, la Iglesia, como comunidad, no tiene donde celebrar los ritos sagrados. No nos han esclavizado, pero carecemos casi por completo de la libertad que poco antes disfrutábamos sin pensar. Nuestra Babilonia está cerca, demasiado cerca: es nuestro hogar, ahora un sitio de asedio, de destierro, de aislamiento. Una familiaridad excesiva, resultado de la cuarentena, ha vuelto lo conocido raro e inhóspito. Peor aún, el deseo de servir, de ayudar, de aliviar los sufrimientos enormes de muchas personas queda frustrado. Aquí en Canadá, los periódicos publican páginas

*Después de tres años de estudios en Colombia, volvió a Canadá donde trabaja en la espiritualidad y ecología en The Ignatius Jesuit Centre (www.ignatius-guelph.ca). Su primer libro de poesía, *Reupholstered Psalms: ancient songs sung new* salió en marzo de este año.

enteras que mandan en términos de inmunidad a malentendidos.

Quédate en casa. Salva vidas

Atrapados entre la vocación de arriesgarnos por el vecino y el temor de que nuestra pretensión de socorro podría ponerle en peligro, vacilamos sin saber qué hacer ni por quién. Así, “junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión” (Sal 137, 1). Sión, el espacio de entonces en donde la gente se abrazaba, se visitaba, se congregaba en las capillas para compartir el pan de vida.

¿Cómo soportamos la existencia en el exilio? Es una pregunta aún más penosa cuando nuestra capacidad de ejecutar nuestros varios ministerios, por cuestiones de sanidad pública, se halla severamente restringida. Algunos tienen el cómo y el coraje de responder a las necesidades materiales locales de una manera heroica. Otros trabajan sin descanso sentados al computador montando talleres, reuniones, proyectos virtuales para que las obras de las comunidades religiosas no se esfumen totalmente. Muchos más nos debemos contentar con la misión modesta de oración, peti-

ción y acompañamiento adaptado a través de uno u otro medio de comunicación, porque obedecer las reglas del estado, que limitan movimiento y contacto, parece el comportamiento más adecuado para tranquilizar esa bestia llamada pandemia.

Todo esto nos parece una situación sin precedentes pero, en realidad, el exilio y la peste nunca se han apartado para siempre de la humanidad. La Biblia, sobre todo sus profetas, tienen mucho que decir sobre el tema. Venida de la nada, una angustia sin contexto histórico, se aumenta. Aunque no quita el dolor que nos aflige, saben que formamos parte de una historia, extendida más allá de nuestra propia memoria, y esto ayuda a resistir la tentación de resentimiento, amargura y desesperanza. Por eso, en la época del Covid-19, puede ayudar mucho pasar un tiempo con los profetas bíblicos.

Para una población que aguanta el exilio de una larga cuarentena no hay mensaje más justo que aquel de la carta enviada por Jeremías, en nombre de Dios, a los desterrados que se consumen por nostalgia en Babilonia, ciudad de su aplastante tristeza. Jeremías

no les aconseja rebelarse abiertamente, o sublevar una resistencia clandestina, o simplemente poner cara de estoicismo frente una fatalidad implacable. Como todos los verdaderos profetas, Jeremías les manda que vivan, que escojan la vida y que rechacen la muerte.

Construyan casas y habítenlas; planten huertos y coman de su fruto. Cásense, y tengan hijos e hijas; y casen a sus hijos e hijas, para que a su vez ellos les den nietos. Multiplíquense allá, y no disminuyan. Además, busquen el bienestar de la ciudad adonde los he deportado, y pidan al Señor por ella, porque el bienestar de ustedes depende del bienestar de la ciudad (Jer 29, 5-7).

¡Qué sorpresa debió causar la carta! Este profeta, cuya lengua hirviente no se cansaba de exponer y denunciar los fallos de su propio pueblo, ahora les da una dulce norma de lo familiar, de lo de siempre. Es decir, construir, cultivar la tierra, casarse, contribuir a la salud cívica. En el exilio hay que vivir. Porque la vida no espera hasta que las condiciones ideales se instalen. La vida no se detiene, y vivir es estar presente

a todo lo que pasa. Entonces, los ex-habitantes de Jerusalén tuvieron que vivir en Babilonia con el máximo de sensatez, gusto, generosidad y agradecimiento que pudieron.

Del mismo modo, sometidos al exilio de la pandemia, tenemos que construir, cultivar, amar y contribuir. Es decir, nuestro deber sagrado no ha cambiado en lo mínimo. Hay que vivir. En vez de contar las pérdidas, la tarea espiritual es dar gracias por lo que nos queda, aunque sea nada más que la propia respiración y habilidad de contemplar el misterio inabarcable de existir. Juzgar las circunstancias inalterables que se nos dificultan como enemigas no alivia nada su peso.

Ahora bien, Jeremías ordena que los exiliados busquen el bienestar de la ciudad siendo responsables de su miseria. ¿No equivale esto a apoyar al opresor y apremiar al victimario? Posiblemente, si las circunstancias son injustas, se pueden cambiar. Por supuesto, la pandemia ha hecho hincapié en las injusticias nacionales y mundiales. La cuarentena resulta un lujo inalcanzable para billones de personas que morirían de hambre si no salen de la casa, exponiénd-

dose a la enfermedad. ¿Cuántos se espantan ante la posibilidad de contagiarse del virus fuera de un sistema de salud adecuado? Contra semejantes injusticias debemos luchar pero muchos aspectos del exilio nuestro no tienen remedio. Pues, en medio de ellos hay que construir, cultivar, vivir aquí y ahora.

Nuevamente, los profetas antiguos nos instruyen en como discernir entre la injusticia que grita por cambios y las eventualidades por las cuales tenemos que atravesar con la mayor gracia disponible. Su conducta es a la vez predecible y sumamente inquietante. Cuando todo va muy bien y la economía produce riquezas desbordantes, la religión pacífica a la gente cómoda y los problemas sociales y ecológicos no se asoman a las ventanas cerradas de la periferia; precisamente en momentos así, el profeta lamenta y denuncia. Según el biblista Walter Brueggemann, la vocación profética comienza con tres quehaceres agrios y culmina en tres tareas dulces. En cada una de ellas, tanto el instrumento como el material empleados por el profeta es el de la imaginación. El profeta se encarga de cambiar el modo de ver, pensar y soñar del pueblo al que sirve.

Primero, el profeta siempre inicia con lamentaciones y críticas. Sus quehaceres iniciales son:

- 1) *Ofrecer símbolos adecuados para enfrentar el horror y la inmensidad de la experiencia [opresiva] que entumece a la gente y es reprimida.*
- 2) *Llevar a una expresión pública aquellos mismos temores y terrores que han sido negados y suprimidos tan profundamente, tanto como no saber que están allí.*
- 3) *Hablar metafórica pero concretamente, sobre la verdadera fatalidad que agobia y roe las entrañas¹.*

Todo eso sirve para despertar una población adormecida en su propia injusticia y olvido cómodo.

Por su propia cuenta, el virus Covid-19 se nos ha presentado como profeta de la primera fase. Repentinamente, el proyecto mundial del pasado muy reciente nos parece peligroso, necio y resquebrajado. Viajes internacionales fáciles, economías totalmente globalizadas, irrespeto hacia leyes y operaciones de la naturaleza, ya no nos suena como el sueño que era. Despertamos a la

¹ Brueggemann, *The Prophetic Imagination*, 45. Traducido por el autor.

primera importancia de la seguridad alimentaria, la producción local de los bienes, de un estilo de vida que malgasta la salud de los ecosistemas como un parásito sin piedad. El Covid-19 nos hace lamentar lo que hemos roto y por eso es muy profético.

No obstante, el virus solo no es capaz de cumplir las etapas culminantes de la vocación del profeta, como Brueggemann lo describe; porque una vez despertada la gente y hecha sensible al dolor negado, el profeta debe activar al pueblo en luto. En otras palabras, cuando la injusticia de Jerusalén es percatada por sus ciudadanos exiliados en toda su gravedad, llega el momento profético de soñar con un nuevo mundo. La desesperación pública provoca la llamada animadora del profeta. La fe requiere de la esperanza y el comparar la visión larga y amplia de Dios. Son los profetas quienes las tienen, por eso pueden proclamarlas cuando todo se va para abajo.

Consecuentemente, al profeta, le corresponden tres tareas esperanzadoras según los tres primeros quehaceres desanimantes. Estas son:

- 1) *Ofrecer símbolos adecuados para contradecir la situación de desesperanza donde lo nuevo no se deja pensar*².
- 2) *Llevar a una expresión pública aquellas mismas esperanzas y anhelos que han sido negados tanto tiempo y suprimidas tan profundamente, hasta el punto de no darse cuenta que están allí*³.
- 3) *El profeta debe hablar metafóricamente sobre la esperanza, pero concretamente sobre la novedad que nos viene y redefine nuestra situación*⁴.

Se ve claramente que el profeta no solo es contracultural sino también contra-intuitivo. Nunca se contenta con la opinión irreflexiva de la mayoría, porque la mayoría casi siempre anda ensordecida a la voz divina con sus llamadas cargadas de desafíos, cambios e invitaciones al crecimiento. El profeta interpreta el mundo según una imaginación inspirada por Dios que no ve las cosas como nosotras/os.

En exilio estamos llamadas/os a ser profetas, para desmentir las

² Brueggemann, 63 Traducido por el autor.

³ *Ibíd.*, 65.

⁴ *Ibíd.*, 67.

estructuras de muerte que, en nuestro entumecimiento, antes se nos presentaban como normales y deseables. Pues cuando la verdad agonizante se hace experimentar, precisamente tenemos que imaginar la situación renovada y redimida de una manera imprevisible. Imaginar una renovación verdadera es construir, plantar, casarse, contribuir aquí y ahora. Al mismo tiempo, cada una de estas actividades se levanta de una imaginación capaz de ver más allá del desastre. Con el Covid podemos completar el ciclo profético, porque ya fuimos despertados, ya lamentamos las injusticias y el costo que los pobres y la Tierra

tuvieron que pagar por ellas. Estamos llamadas/os a vigilar y hacer luto, resistiendo a la tentación de adormilarse de nuevo. Aquí en esta lucha, arrancados del lecho familiar y cómodo, Dios nos manda a construir y a contribuir. En otras palabras, contagiados por el dolor de los que sufren, debemos ahora, como profetas todas/os, contagiar a aquellos con una esperanza nueva, noble y eficaz.

Bibliografía:

Brueggemann, Walter. *The Prophetic Imagination*. Augsburg: Fortress Press, 2001.